

## URÓBOROS

“Todo acaba como empieza”.

Ese destello de inspiración, de clarividencia, cruzó mi mente mientras, abrazado a mi madre y empapado por sus lágrimas y la lluvia, contemplaba hundirse el féretro de Padre en la herida horadada en la tierra. Esa herida que en lugar de supurar, absorbía el barro que se deslizaba como un fluido purulento hacia su interior. Nuestros ojos entraban con él por vez postrera en “la última bajada al hoyo”, como le llamaban los veteranos.

El día húmedo, lúgubre y gris, como la tierra, como la ropa de los asistentes al sepelio. Como era la vida, en general, de todos en esa cuenca perdida y olvidada. El aguacero caía y, al mismo tiempo, mis pensamientos se fueron hundiendo en la tierra al ritmo que marcaba el deslizar de la cuerda entre las manos callosas de los compañeros de Padre.

Empezó el día que decidió entrar en el agujero para sacarnos a nosotros de él. Fue un día como este, como prácticamente todos en esta maldita tierra: oscuro, triste y gris. Vinieron a buscarle.

-Ya sabes que el Herminio bajó al hoyo por última vez -oí decir a Antonio mientras retorció la boina entre sus manos callosas y cubiertas por el hollín, con la mirada desviada al suelo, como si le diera vergüenza venir a nuestro hogar. Me asomé pegado a Fermín, mi hermano mayor.

Antonio levantó los ojos hacia nosotros. Tosió bronco y escupió al barro que, junto con otros despojos, alfombraba la calle. Se encogió de hombros, disculpándose por ese gargajo oscuro como el carbón que sacaba rato a rato, día tras día, la vagoneta que subía de la mina. Su manga, poco más limpia que su mano, se encargó de borrar los restos de saliva de su boca. Miró a Padre.

-Ahora nos falta uno. Piénsalo, Ramiro -continuó al tiempo que nos señalaba con un gesto de su cabeza-, no puedes sacar adelante a esos dos y al que viene sólo con las letras.

Mi padre se agarró al marco de la puerta con su mano blanca y limpia como para coger fuerzas, y asintió. A cambio, recibió otro asentimiento. Eso fue todo. Ese gesto, esa parquedad, fue la forma de renunciar a su oficio y firmar su nuevo contrato.

Madre lloró durante toda la cena y prácticamente durante el resto de los trece años que padre estuvo bajando al hoyo. Después de aquella primera vez trató de disimularlo lo mejor que pudo, pero todos se lo notábamos. Que nosotros tuviéramos los pantalones con menos agujeros y que todos comiéramos caliente y mejor a diario no era suficiente para aplacar su congoja.

La habitación que hacía las veces de estudio, como él lo llamaba, siguió usándose durante un año. Luego, sencillamente, se cerró. Al principio, cuando volvía, se enclaustraba en él después de asearse, abrazar a mi madre, cenar y revolvernos el pelo a nosotros; siempre por ese orden. Poco a poco, a medida que sus manos blancas y finas se llenaban de arrugas oscurecidas, prácticamente tatuadas, en su piel cuando el hollín quedaba dentro y se cerraban las heridas provocadas por el frío, el pico o las piedras, dejó de coger la pluma y de tener el candil encendido hasta altas horas. Repetía cada día el ritual: se aseaba, abrazaba a madre, cenaba y nos revolvía el pelo. Después, se tumbaba en la cama y se dormía nada más que su cabeza tocaba la almohada. Con el paso del tiempo las conversaciones fueron

desvaneciéndose, perdiéndose poco a poco en la lucha contra otro sonido que fue usurpando su espacio: la tos. Madre ocupó su puesto en la escuela.

Fue complicado, pero el trabajo de madre en el hogar no reportaba dinero. El salario en el colegio era exiguo, pero también era menos que nada. Enseñarnos a todos los chiquillos del pueblo, a pesar de que yo la ayudaba cada vez más con los pequeños, era una tarea ímproba, ya que se sumaba a todas las demás faenas que Madre tenía que realizar como obligación por su sexo y el horario de padre.

El resto de mis compañeros iban creciendo y, un buen día, desaparecían para no volver a pisar la escuela. En pocos años me convertí en el mayor, exceptuando a mi madre que, en cuanto nació Bertín, mi otro hermano, fue delegando completamente en mí la tarea de enseñar.

Bertín no duró mucho. Murió repentinamente, como tantos otros bebés por aquellos años, dejando a mi madre y a mi padre más cabizbajos, más silentes. El día de su entierro se desató un diluvio que hizo que el funeral fuera breve y apresurado, como una metáfora, un reflejo de su vida. Padre se tuvo que quedar en casa durante un mes debido a la mojadura y el frío. Un mes en el que tuvimos que apañarnos con lo poco que teníamos. Un mes en el que volvimos a recordar lo que era el hambre.

Fermín se marchó. Un buen día recogió sus cosas y partió en dirección a la ciudad sin volver la vista atrás. Llegaron algunas cartas suyas, cada vez más espaciadas, hasta desaparecer. Espero que consiguiera olvidarse de los días tristes, de la lluvia y de la llamada del hoyo.

Porque el hoyo llamaba a todos. Muchos acudían a él por no dejar a su familia, a sus padres, o el pueblo. Otros se dedicaban a la ganadería y la agricultura, pero siempre desviaban sus ojos a la herida abierta en la tierra en forma de agujero por la que entraban personas y, muchas veces a cambio, como cobrándose un tributo con las que no volvían a emerger, salían esas piedras negras que hacían que pudiéramos sobrevivir.

Los años pasaban raudos. Padre volvía a casa cada vez con más tos y menos fuerza. Los niños crecían y dejaban los estudios para bajar al hoyo. Las niñas se hacían mujeres de miradas apagadas y lánguidas y se casaban o trabajaban ayudando en casa. Los días iguales, el cielo gris, la vida triste y las “últimas bajadas al hoyo”, frecuentes. Y, en medio de todo, mi familia. La antigua y la nueva.

Sin darme apenas cuenta, me había convertido en “el hombre” de la casa. Me había casado con Justina, compañera de pupitre de toda la vida. Hasta en eso había seguido la tradición.

Siempre me había gustado. Puede que no tuviera el desparpajo de otras; pero detrás de sus silencios, de sus miradas indescifrables, se encontraba una mente curiosa y despierta, observadora, pendiente de todo. Ella comenzó, sin sueldo, a ayudarme con los más pequeños.

Aún recuerdo cómo me miraron sus padres cuando fui a pedir su mano: una mezcla de felicidad y alivio. Felicidad por tener lazos con otra familia del pueblo que pudiera ayudarles en momentos de necesidad. Alivio por tener una boca menos que alimentar.

Al poco, Justina se quedó embarazada. La ilusión por tener un hijo se mezclaba con el temor por perderlo, como había pasado con mi hermano, y con la preocupación de tener ser uno más a la mesa. El trabajo de Padre unido a mi triste paga de maestro nos daba para vivir. Fueron buenos tiempos.

Pero los buenos tiempos en este pueblo oscuro y olvidado duraban poco. Las cosas se torcieron de nuevo sin dejarnos prepararnos para ello: Justina empezó a tener complicaciones en el embarazo que hicieron que tuviera que estar postrada en la cama. Por suerte, el médico nos visitó gratis las primeras veces. “Por amistad y respeto” a mi profesión, dijo. De los pocos que consideran básica e importante la educación en este lugar. Recuerdo que un día se cruzó con Padre en la puerta cuando éste volvía del hoyo sucio, sudoroso y tosiendo. Ese día, tosía como si expulsara la vida en cada espasmo. El doctor me miró con ojos tristes. Luego, sin siquiera un gesto de despedida, sacudió la cabeza y chasqueó sus labios, apartando su mirada al suelo; yéndose, calle abajo, sorteando los charcos y la inmundicia mientras yo ayudaba a Padre a entrar en casa.

Padre.

Parpadeando, volví de nuevo a la realidad, a la lluvia, al suelo embarrado y empapado que pisaba en este día húmedo, lúgubre y gris. La cuerda había terminado de cumplir su función de guía del féretro en su descenso. Los hombres se enderezaban con las manos en los riñones mientras buscaban con sus ojos al párroco, como pidiendo permiso para irse y secarse en casa al calor de la lumbre o la estufa.

Padre apenas había tenido tiempo de conocer a su nieto antes de hacer la última bajada al hoyo. “He rezado por tu hijo” me dijo en uno de sus últimos susurros rasgados, esos susurros que, junto a su voz enronquecida, se habían transformado en su forma de hablar. Rezado. Él. Un ateo confeso dentro de las murallas de la intimidad de nuestro hogar. Lo que cambiaba el hoyo a las personas.

En ese mismo instante, con plena lucidez, fui consciente de todo: de madre a mi lado deshecha en lágrimas; de Justina en casa, en la cama, con el bebé pegado a su pecho; de la ausencia de Padre y, en medio de las personas que componían mi familia, de una mirada ajena que se me clavaba en la nuca. Un escalofrío recorrió mi espalda debido a la anticipación de saber quién era y qué se me venía encima. Había tratado de postergar lo inevitable, de rehuirlo; pero, finalmente, me había encontrado.

Me volví lentamente para enfrentarme, cara a cara, con Antonio. De nuevo Antonio.

-Sé que no es el mejor momento -comenzó dándole vueltas a la boina entre sus manos mientras se encogía de hombros-, pero debes pensar en lo que tienes en casa. Ahora... - sus palabras se perdieron en un acceso de tos. Una vez que pudo coger aire, retomó-. Ahora nos falta uno -continuó bronco-. Piénsalo, Ramiro, no puedes sacar adelante a las dos y al que acaba de llegar sólo con las letras.

¿Dónde había oído yo eso antes? ¿En qué lugar de mis recuerdos? ¿En qué vida, distinta a la que llevaba ahora? Sabía que sólo tenía que asentir. Un simple movimiento de mi cabeza y estaría hecho.

Es curioso ver cómo se relativiza el tiempo. Cómo acelera. O se para. De cuántas maneras se puede medir: medí los segundos en gotas de lluvia; medí los instantes en parpadeos; medí los momentos en toses, en retorcimientos de boina, en paladas de tierra que caían sobre el féretro de Padre.

Y asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

A cambio, recibí otro asentimiento. Esa fue la forma de renunciar a mi oficio y firmar el contrato.

La lluvia caló aún más en mí interior mientras veía la espalda de Antonio alejarse entre el resto de lápidas por el camino embarrado.

“Al final -pensé- todo empieza como acaba”.